

Jorge Alarcón Leiva*

PROYECTOS IDENTITARIOS PARA LATINOAMÉRICA: MAPAS PARA UN TERRITORIO CIEGO¹

*Me han traído una caracola.
Dentro le canta
un mar de mapa.
Mi corazón
se llena de agua...*
Federico García Lorca

- I -

Básicamente, lo que expongo no son más que desmentidos de herencia o, mejor, presunciones sobre la infancia. Como Bolívar en *Discurso de Angostura*:

“Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos(...) Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un relato de la mayor trascendencia”².

* Magister en Filosofía. Universidad Católica del Maule.

¹ Una versión levemente diferente de este texto fue presentada en el II Seminario Chileno-Argentino: Cultura, Identidad e Integración Regional, organizado por el Instituto Abate Juan Ignacio Molina de la Universidad de Talca, en noviembre de 1999.

² Citado por Leopoldo Zea. *500 Años Después. Descubrimiento e Identidad Latinoamericana*. México: UNAM, 1990, p. 59. Su descripción, si se puede llamar así a estos desmentidos suyos -y nuestros- siguen un derrotero apocalíptico: “La

Orígenes, conjunciones difíciles, extranjerías uterinas, brascas visibilidades epidérmicas, desemejanzas, relatos máximos: todo en el límite inhóspito de la pregunta por la identidad latinoamericana y sus narrativas, en la coyuntura débil que une mapas y territorios.

Básicamente, un tono autobiográfico. Un temblor silencioso recorre estas líneas, aquí y allá transitan por ellas episodios de vida y escenas de fuga. Un tono íntimo las articula y rige, un arco que se forja, que se tensa suave, continua-discontinua. Pretensión honesta -pero grosera, aun grotesco- de escribirse desde sí mismas, queriendo dibujar en el aire la insatisfacción que las exige. Un errático sentido las unifica, su caminar a tientas en un terreno hosco, su trémula propuesta: audaz aspiración por relatar un camino en verdad desandado.

Audacia que no quiere -ni puede- siquiera evadirse a sí misma. Que debe contar, como cuenta el fondo oscuro desde el que para una mirada algo surge y se recorta, diáfananamente. Lo que he de decir tendrá que ver, justo, con la mirada. Con los modos -con los tonos: idiosincracias, idiolectos- en que la mirada construye y se construye. Esta tonalidad autobiográfica que como pulso se expande y contrae en comunión vertiginosa, como retroceso crónico. Que se expande para acceder a los *bulevares cool*, en los que las miradas se abren, se comunican y cierran, como la clausura de la tierra tras la sepultura³. Desde esas tonalidades frías en las que ocurren las más intensas historias, las más recientes, pero también las más flojas y antiguas, tendrá lugar este decir.

Básicamente, *decirse*. Auto-evocación dura que perdura, que conspira en esta memoria mía como repetición de antaño.

situación de América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden de largo tiempo (...)", y luego habla de milagros, de posteridades, de espantos, extinciones y frenesí, id., p. 60.

³ Escribe, en cifras, Jean Baudrillard: "Dos formas de ruptura: una por alejamiento, otra por exceso de proximidad. Ruptura de carga, ruptura de encanto(...)". *Cool memories*. Barcelona: Anagrama, 1997, p. 17.

No obstante, no es esta una vuelta sobre la historia. Ni tan siquiera sobre la propia historia⁴. Es la puesta en escena del drama epocal de una búsqueda lúcida, de una pérdida páfida que huye. Modestamente, tampoco es mi voz. Son voces múltiples, delirantes, sólo palabras acaso⁵. Esta soledad de la palabra es también, no obstante, soledad de la acción. Elegía que trae un seco rasguño en el viento, un húmedo sonido de mar.

Al cabo: emergencias, montajes, laberintos, simulacros; historias -como viajes: los de las infancias, las escenas primarias, genésicas, los desarrollos-; cimientos, desmoronamientos; claves y planos; grandes soportes como puntos, que se suspenden con una evanescencia que se sospecha fácil. Vacíos anhelantes, circuitos, guiños: en busca de lo que fuimos en alguna Edad Dorada todos.

- II -

Voy a valerme de un comentario de Leopoldo Zea para proponer mi primera tentativa. Ésta tiene un carácter histórico, quiere ser una reflexión sobre la experiencia del tiempo. Sirva ella en un sentido doble: de un lado, como ejemplo de una narrativa tópica sobre la identidad; de otro, como plataforma de una declaración necesaria.

Zea, recordando la importancia del tema de la identidad, dice que ella:

⁴ “La historia aprende también a reírse de las solemnidades del origen”. Michel Foucault. “Nietzsche, la genealogía, la historia”, p. 10. En: *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1992, pp. 7-29.

⁵ Reza el epígrafe de Jean Baudrillard a *La Transparencia del Mal*. Barcelona: Anagrama, 1995. “Since the world drives to a delirious state of things, we must drive to a delirious point of view”.

*"(...)en el pensamiento iberoamericano ha sido y sigue siendo ineludible problema en los pueblos que forman la Península Ibérica y en los pueblos a los que éstos dieron origen al expandirse en el continente americano"*⁶.

Agrega luego, que tal problema se relaciona con la peculiaridad de la conformación histórica de los pueblos ibéricos a la que sumarían los encuentros de Hispania con los nativos de América, el tránsito de la hegemonía a la decadencia que el imperio español mantuvo sobre Europa, entre los siglos XVI y XVII, la emergencia de la colonización sajona que dio origen a EE.UU. Y una cuasi interminable y caótica enumeración a dos voces de hechos relacionados constructivamente con el problema de la identidad:

*"Problemas de identidad en Iberia frente a la Europa líder de la modernidad, y en América frente a la poderosa nación anglosajona que se va forjando. Problemas que nacen del sentimiento de frustración, en uno y otro campo, ligado a la propia y peculiar identidad de los pueblos que la sufren. Los pueblos iberos, que se consideran fuera de una historia cuya marcha encabezan los pueblos al otro lado de los Pirineos. En América, los pueblos de origen ibero, que perciben su peculiar identidad como una identidad que les ha sido impuesta por un dominio ya al margen de la marcha de la historia. Identidad considerada impuesta y que ahora les margina en relación con la historia del poderoso pueblo que va creciendo al norte de sus fronteras"*⁷.

Hay aquí razones de sobra para justificar por qué la pregunta y el programa identitario. No habría -así, en condicional- en el contexto vital y en el pensamiento latinoamericano otro tema que resulte tan epidérmicamente visible como este de la "identidad". Concedámoslo. Sería necesario -así, también en condicional- emprender una analítica de sus supuestos, una elucidación de los fantasmas ideológicos y epistémicos que planean sobre ella, para

⁶ Leopoldo Zea, id., p. 57.

⁷ Leopoldo Zea, loc. cit.

inhabilitar su sólo planteo y, claro está, cualquier eventual respuesta.

A pesar de ellos la pregunta insiste: sobrevive al olvido el guiño evasivo e imperdonable del objeto, persevera la policrómica superficie de un territorio que se resiste al mapa. Identidad del objeto, de su realidad o virtualidad, pero también, y sobre todo, identidad de la “mirada” que lo construye; aspiración a la constitución de un *corpus*, de una síntesis teórico-cultural que salve las apariencias, que anude la polisemia heterotópica de un continente negro, que fije y endurezca el límite flojo que no se deja ver, por visible.

Volvamos al mapa de Zea. Si algo conmociona del modo en que él se plantea la cuestión, es que la identidad parece haber tenido siempre un trasfondo histórico de acontecimientos, de rupturas, de procesos objetivos, sobre los que fundamentarse. Un trasfondo de historia, digamos, haciéndose, produciéndose, recreándose⁸. Por contraste, si algo suscita hoy la pregunta es que ella carece de ese trasfondo. No se deja ver la apuesta, el reposicionamiento que intenta, ella no surge por un sedimento cristalizado de acontecimientos.

¿De dónde nos viene la urgencia por repetir la pregunta?. Una hipótesis: carecemos de la esperanza que tal pregunta supone, la repetición obsesa de la pregunta parece -es-, estrategia de evasión, desmayo del acontecimiento, alimento para el continuo y anunciado final ¿de la historia?. Para esa

⁸ A la manera, al menos, de una “historia de las ideas”, cfr. Leopoldo Zea, id. pp. 58-68, páginas en las cuales se plasma una “trayectoria continua” que va de Bolívar a nuestros días y que se verifica como un “historial” simultáneo al de España, toda Europa y, si de fundaciones se trata, por cierto, Roma. Cfr. también, Arturo Andrés Roig: “Interrogaciones sobre el pensamiento filosófico”. En: Leopoldo Zea (coord.). *América Latina en sus Ideas*. México: Siglo XXI, 1986; pp. 46-71. Reconstrucción continua-discontinua de una filosofía latinoamericana, en sus facetas múltiplemente estereotipadas, a partir de polarizaciones tales como naturaleza (esencia)-desarrollo, unidad-diversidad, teoría-práctica y otras.

realización entre profética y apocalíptica, escatológica: ya, pero todavía no⁹.

Sugiero que la construcción de identidad está en relación interna -y problemática- con nuestra vivencia del tiempo, con nuestra inteligencia pre-reflexiva del devenir histórico. Si se concibe a la historia, simplificando, como el suceder de lo que acontece -como lo ya acontecido, como promesa de lo que acontecerá, como lo aconteciendo siempre-, pareciera que estamos en el momento único -neutralización de todas las potencias, desvanecimiento de todas las fuerzas- en el que no hay acontecer, momento en el cual a la presunción de drama le falta la escena. Mediante el expediente de la identidad, aspiramos a la fijación, a la cristalización de cierta lucidez en la mirada que coersiona las tramas complejas en las que se arma y desarma el territorio¹⁰.

En otras palabras, preguntamos por la identidad y al hacerlo quisiéramos contemplar la pureza desértica y plana de una visión ontológica. Fase quieta, inmóvil, seca, en la que se suprime cualquier corrupción. Entonces todo: los acontecimientos, el devenir y nosotros mismos, nos convertimos en evocación *soft*. Rememoración, recuerdo, semblanza apacible. Nada de abruptas expresiones de desencanto, de ruptura, de desacuerdo, más bien fluidificación tenue y consenso por exclusión simple. Parajes serios, como cementerios.

Nuestra historia, sobre todo aquella que tenemos más fresca en el cuerpo, la de las matanzas, los horrores y los dolores -todos en plural-, se convierten en monumentos blancos. Es que estamos en el momento en que resulta de buen talante que nuestras acciones y decisiones pasen

⁹ Con la advertencia previa de que habrá que leer "América" como la nuestra y no la del Norte, a este amplio respecto ver Jean Baudrillard. *América*. Barcelona: Anagrama, 1997. En particular: "La utopía realizada", pp. 103-142. Sobre la denominación "nuestra América" y sus formas histórico-políticas, ver Arturo Escobar: "Nacionalidad y continentalidad en América Latina". En: *Nuestra América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986; pp. 46-63.

¹⁰ Id., pp. 105 ss.

transparentemente al espacio de lo no-dicho, a su -digamos- grado cero. Lo dicho queda allí en un espacio subtítulo que lo dobla como parte de un espectáculo lustroso, en que la aminorización es la orden del día, de todos los días¹¹.

Hay en todo ello, por cierto, la impostación de una fe salvífica. Desarrollamos todas las estrategias permitidas para alcanzar ese objetivo final que consiste en ponerse al margen por intocados, al centro por desarrollados o en vías de desarrollo. Estas estrategias de homogeneización generan una unidad producida, artificiosa, en la que no alcanzamos a vislumbrar los desplazamientos por los cuales han tenido lugar, los movimientos orgiásticos que preceden a esta modorra, los estruendos previos¹².

En otra épica, a la que pertenecí por fantasmales circunstancias, podríamos haber preguntado por lo que venía después de la orgía. Y habríamos supuesto que la promesa no se había roto, que sólo estaba inacabada. Habríamos emprendido entonces batallas nuevas y abierto otro, uno más, expediente heroico. Hoy no. Ni luto ni melancolía. Lo que vemos por todas partes y a todo trance es adementamiento, aplanación planificadora, adaptación *show off*. Estrategia tan fatal como neutralizadora por la que llamar al orden a los pueblos y sus sueños de liberación -dicho bajito-.

Dónde están los acontecimientos, dónde los hechos que rompan con su prepotente densidad la rutina tópica y tóxica de nuestros días. Me temo que esa espera puede hoy pasar por ociosa. Sobre todo en un orden, por una orden silenciosa, en el que la reconciliación ha tenido lugar ya. Como olvido u homenaje. Entonces una vida de mínimos surge, una vida en la que, como aconsejaba Rousseau, lo mejor es cultivar el propio jardín. La construcción de identidad, aún en su forma utópica, tranquiliza, pacifica y da un tono de buen señor,

¹¹ Para el espíritu, y la letra, general de estos párrafos, cfr. Martin Hopenhayn: "El día después de la muerte de la revolución". En: *Ni Apocalípticos ni Integrados*. Stgo. de Chile: F.C.E., 1994, pp. 17-30.

¹² Cfr. Jean Baudrillard. *La Transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama, 1995, pp. 9 ss.

digamos así, al mediar la búsqueda de lo imposible por vía de lo posible, al legalizar la revolución, como conflagración última de lo establecido¹³.

Sugiero que no es necesario que hagamos tanta concesión. Sugiero que esta tranquilidad evocadora de la belleza infranqueable del origen, de las escenas primarias, no merece tanto sacrificio. Sistemáticamente, hemos generado un mecanismo de sustitución perverso: cuando la pregunta por la identidad entra a primer plano, se produce el final del sueño de la revolución. Justo cuando las circunstancias que hacían antes la espera del cambio estructural, las llamadas contradicciones, un acontecimiento totalizador e irrebasable para nuestra región, están lejos de atenuarse y se acentúan a un ritmo aterrador¹⁴.

El final de los acontecimientos resulta ser una paz transitoria y enmascaradora, una brisa fresca que cubre el desfondamiento abismal de la ruptura franca, del corte final, que agazapado espera y que irrumpirá rabioso y milagroso: aunque sea en el ya familiar, finisecular y post-producido formato MTV, vale decir, como localización de lo global o como globalización de lo local.

A su manera, América Latina es su propia versión original, aquí la cuestión del origen queda exorcizada, pues no se puede -no aquí- cultivar la infancia o la autenticidad mítica. Se carece de pasado o, dicho en términos más fundamentales aún, se carece de verdad fundadora¹⁵. Latinoamérica se realiza como su doble: como un territorio que es mapa.

¹³ Cfr. Martin Hopenhayn. Id., *passim*.

¹⁴ Id., pp. 23 ss.

¹⁵ Cfr. Michel Foucault, op. cit., pp. 10 ss.

Digámoslo de este otro modo: la preocupación por la identidad liquida la gloria y ciega la ilusión. La identidad mira hacia atrás, querríamos ver esta reconciliación apaciguadora, esta testificación y acumulación que den prosaica y civilizada fe de nuestra existencia histórica. Historias blancas de nacimientos. De nuevo un ejemplo, de nuevo una tentativa. Ésta es fetal, quiere aludir a esas *extranjerías uterinas* de Bolívar. Sirva ella en un doble sentido: de un lado, como evocación; de otro, como rehabilitación de nuestra épica.

Alfonso Reyes, recordando, como siempre se hace en estos casos, como también lo hace Zea, a la generación que lo antecedía, ironiza sobre la frustrada identidad de los pueblos latinoamericanos:

“La inmediata generación que nos precede todavía se creía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas(...) [en] primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía, desde luego en ser humanos(...) [la segunda] que consistía en haber llegado muy tarde a un viejo mundo(...) [en tercer lugar] encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en el suelo que no era el foco actual de civilización, sino una sucursal del mundo(...) [en cuarto lugar] era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina(...) [en quinto lugar] ya que se pertenecía al orbe cultural latino, la nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico(...) [sexta fatalidad, el que] dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como cadena con cadena(...) [y como séptima fatalidad que] dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio. Para los mexicanos, existía todavía una octava finalidad, la de “haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica”, los EE.UU., claro¹⁶.

¹⁶ Citado en Zea, Leopoldo. *500 Años Después*, pp. 57-58.

¿La identidad como desplazamiento?. Más bien como fractura fatal. A las generaciones que nos antecedieron, a nosotros que antecederemos a otras generaciones que vendrán, a pesar de todo, a servir como alimento de esta letanía cruel, la ausencia de acontecimientos nos tuerce la mirada. Bíblica imagen revolcada: mirar hacia el pasado es garantía de desencuentro con un tesoro enfermo. Reyes nos remite a la verdad de nuestra búsquedas allá lejos, en el horizonte trasero de nuestra mirada. Y allá lejos, hacia atrás, mirados a través del espejo, los objetos pueden estar más cerca de lo que aparentan. Inminencia de la colisión¹⁷.

Allí donde por esta contorsión identitaria presumimos encontrarnos, lo que hay es préstamo y sucursal, desplazamientos concéntricos. Algo que no ha pasado aquí, un acontecimiento que tuvo lugar en otro lado, del cual tomamos prestados el vestido y la forma, el dolor y la épica. Pero insiste una simetría normativa, este intento por buscarnos en los puntos, en los soportes, en la estabilidad fácil de lo idéntico y lo propio. Este interés refractario por hacer que la lucidez del mapa sustituya al territorio ciego. Reiteremos: la pregunta por la identidad suprime la épica, cierra la mirada. Se diría que por vía de esta estrategia será cuestión de tiempo descubrir el origen, el útero único desde el que deriva toda nuestra historia. Promesa ilusa.

Ahora, el problema reside en saber si sólo por esta cualidad el problema de la identidad nos pertenece. Como si nadie más se hiciera la pregunta con la intensidad y la ansiedad con la que nosotros nos la hacemos. Sugiero que esta apropiación fundamentalista es riesgosa y tiene sus costos. Justo porque la demanda por la identidad es ante todo demanda a-histórica, demanda universal: a partir suyo se construyen relatos de la mayor trascendencia, de trascendencia máxima. Sus expresiones múltiples agolpan el

¹⁷ Cfr. Jean Baudrillard: "La utopía realizada". En: *América*, pp. 107 ss.

territorio de la reflexión como una suerte de colonización imperial rígida, que no deja pensar. Desde la identidad propia hasta la identidad de una mirada universal, que desarrolla una apologética de lo propio y una expulsión fundamentalista de lo otro-ajeno¹⁸.

La cuestión de la identidad está transida de soterrada histeria y de falta: hay que reconocer la profusión erótica del territorio para aprender el fondo de esta pregunta, explosión expansiva que anonada, ante la semejanza de la pregunta por la identidad con el blanqueo histórico. Con el intento fundamental, por fundamentalista, de clausurar los movimientos evanescentes de nuestra heteróclita composición, como lo ajeno que nos identifica, como lo ajeno que nos amarra, como lo que ha venido desde otra parte -desde siempre- a decirnos qué. Esta evidencia pide de una resignación honrada.

Volvamos a la escena de Reyes. Como por un desvío su relato nos evoca una suerte de superposición, unas narrativas estructuradas por capas. Se podría desplazar uno a su través para encontrar la capa primigenia. Pero en tal superposición lo que hay no son capas continuas, se trata de capas unidas por

¹⁸ Estas atrocidades, es decir las matanzas, horrores y exterminios, reales y simbólicos, no se pueden explicar sólo por la codicia y el poder, su lógica presupone una construcción de los indios por los españoles como seres inferiores. ¿Existe una contradicción entre esta construcción de los indios por los españoles como seres inferiores y la idea de la superioridad de la "comprensión" española?. ¿Cómo puede una mejor comprensión del otro reconciliarse con la construcción de ese mismo otro como un ser inferior a quien se puede exterminar sin mayor problema?. La paradoja sólo se da si se identifica "conocer" o "comprender" con el reconocimiento del otro como sujeto. El conocimiento español de los indios, su superior comprensión, es instrumental; se utiliza para engañarlos, dividirlos y derrotarlos. La tesis pertenece a Tzvetan Todorov. *La Conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI, 1992; pp. 143 y 157. Cfr. también del propio Todorov *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo Veintiuno, 1991. Sobre una literalización de esta tesis para la lectura de la modernidad en América Latina, ver: Jorge Larraín. *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*. Stgo. de Chile: Andrés Bello, 1996, autor que cree ver en este momento del proceso histórico una "primera gran síntesis". En los textos de Todorov, al contrario del de Larraín, la dinámica de la identidad que se construye resulta ser menos lineal y aún menos dialéctica, al punto que parece que en verdad la identidad no es el problema sino los vestigios de su "deconstrucción". Por oneroso, en relación a los exterminios, remito a los antecedentes abominables -palabra *soft* para el hecho- que ofrece el texto de José Luis de Imaz. *Sobre la Identidad Iberoamericana*. Bs. As.: Sudamericana, 1984, pp. 70-77.

una fractura, por un corte, por una discontinuidad¹⁹. Es un desplazamiento físico, simbólico e histórico lo que soporta esta certeza de ruptura que suscita el relato generacional.

Otro rodeo. El proceso de construcción de la identidad es un mecanismo de sustitución blanda cuya base es un derrame profuso. Si, como se dice, Latinoamérica constituye para Europa el lugar de la utopía, la promesa tópica de sus esperanzas y sus proyectos, en verdad, América Latina es más bien lo heterotópico. El lugar-otro, la realidad paralela que inquieta y confunde, que huye de sí misma. Una fuerza centrífuga la moviliza. Huida del centro, huida de lo uterino, huida de lo originario: apertura sin fin, proyecto irrealizado, por simplificación virtual.

Uno más. Debido a que no se ha sabido resolver el problema del fin, se vuelve hacia el principio. La identidad nos hace pasar de la perspectiva de las cuestiones finales a una perspectiva de las cuestiones iniciales, de una visión en términos de finalidad, a una visión en términos de génesis. Por ello, aquí y allá se reiteran las escenas de infancias, los movimientos como viajes que nos llevan al lugar desde el que hemos partido. No en el sentido abierto y hasta hipotético del Génesis, sino en el sentido de una determinación por el origen, de una concatenación y de una genética manipulación de las cosas. Se cree que la verdad es verdad de lo que antecede²⁰.

En otra época habríamos preferido la deuda, la oscuridad prometeica de esta falta, la inconclusividad del deseo, al efecto de superficie que produce interiores hipnóticos a costa de cortarnos el cuello o taparnos la boca. Habríamos optado por la multiplicación innecesaria, antes que por el efecto de multiplicación. Habríamos querido, en suma, construir nuestra épica a pedirla prestada.

¹⁹ Cfr. Michel Foucault, id. pp. 7 ss.

²⁰ Cfr. J. Baudrillard: "La utopía realizada". En: *América*. Él, insisto, hablando de América (del Norte) y nosotros de la nuestra.

Final del arbitrio. Francisco Miró-Quesada al analizar, retrospectivamente también, la fundación del filosofar latinoamericano, habla de “despertar y proyecto”²¹. Una vez en el tema, al analizar el mentado proyecto comienza con una imagen de nacimientos; despertar, entonces, como parto. A partir de su perspectiva quisiera enarbolar mi última tentativa. Tentativa ésta del desenfoque, de circuitos de envío. Sirva ella de un doble modo: de un lado, a guisa de conclusión; de otro, como memoria fugitiva de otras épocas, aquellas doradas edades.

Cito:

*“Este impulso para pasar del desenfoque a la nitidez, este proyecto intensamente vivido de transformar la comprensión estructural en comprensión de caladura, es la clave que nos descubre el sentido del filosofar latinoamericano. El dramático esfuerzo por pasar de la comprensión estructural a la comprensión de caladura, constituye lo que hemos llamado la recuperación anabásica”*²².

Pasar del desenfoque, ¿lo oscuro?, ¿el útero?, hacia la nitidez, ¿el nacimiento?, transformar como generar, y al revés, testificar lo auténtico mediante un paso de la superficie fresca a la densidad interior, por medio de la certeza que se fija como hueco. Calar el rojo interior de lo auténtico, la porfía de la sangre en el cuerpo.

Remitiendo a la “primera vez” que usó esta expresión, a su propio nacimiento, explica luego que la expresión “recuperación anabásica”, se puede descomponer en:

²¹ Francisco Miró-Quesada. *Despertar y Proyecto del Filosofar Latinoamericano*. México: F.C.E. 1974. Por unos caminos que igual conducen a los mismos finales, también Leopoldo Zea en: “Autodescubrimiento”, 500 Años Después, pp. 13-23.

²² Francisco Miró-Quesada, id., p. 36.

“Recuperación porque todo el esfuerzo está dirigido a recuperar la tradición perdida, a adquirir una base de sustentación que permita comprender hasta sus últimas posibilidades el mundo de pensamiento nuevo que se acaba de descubrir. ‘Recuperación anabásica’ porque para lograr esta recuperación el latinoamericano se ve obligado a remontar la corriente de la historia, a ir contra la fluencia natural del tiempo”²³.

Esfuerzo de recuperación, pérdida, soportes como puntos, que se suspenden, posibilidades últimas, como primeras, fundacionales, pensamiento nuevo como niño, descubrimiento como encuentro de lo atesorable. Remontar, como recordar, como impedir con el cuerpo el devenir del tiempo. Ríos de tiempo, el tiempo como ríos contra los que nadar, para evitar desembocar. Desembocar como negación.

Y sigue:

“El decurso natural de la historia es del origen a la desembocadura, de la antigüedad a la modernidad. El decurso que ha seguido el filosofar latinoamericano ha sido precisamente la dirección contraria. Para comprender a los filósofos europeos contemporáneos, se ha visto obligado a comprender a sus antecesores inmediatos, y para comprender a sus antecesores inmediatos ha tenido que buscar la comprensión de los antecesores. Y así hasta el origen”²⁴.

Y sigue, fuerza centrípeta. El transcurso del tiempo como viaje desde la pristinidad de las infancias hacia el derrame de los finales. Y nosotros al revés, el envés de la secuencia. La búsqueda hacia atrás, la historia que retrocede hacia el principio. La nulidad aséptica de una exploración segura. Amanecer de ayer, aurora crepuscular.

Frenético periplo, reconciliación final: se busca el origen como el lugar en que se querría morir. Se construye identidad para amordazar el territorio. Mapa que mata.

²³ Id., loc. cit.

²⁴ Id., p. 37-38.